

en menor es muy frecuente en la música francesa y la caracteriza, evocando la imagen de un hombre que baila con zapatos muy apretados.

He aquí para terminar algunas consideraciones accesorias. Cuando la tónica cambia, todos los grados cambian á la vez de valor, lo cual hace que la misma nota figure sucesivamente como segunda, tercia, cuarta, etc. Bajo este aspecto, los tonos de la escala parecen actores que tan pronto desempeñan un papel como otro, aunque en todos sea la misma la persona del actor. Muchas veces el papel no encaja en el actor, lo cual es análogo á la impureza inevitable (mencionada en el § 52 del primer volumen) de todo sistema armónico, de donde viene la necesidad de un temperamento adecuado.

Acaso alguno de los lectores se escandalice al ver que la música que á veces eleva tan alto nuestro espíritu que parece hablarnos de otros mundos mejores que el nuestro, no hace más, según la teoría metafísica que acabo de exponer, que halagar nuestra voluntad de vivir, puesto que después de haber pintado su naturaleza, le ofrece la perspectiva del buen éxito y expresa como conclusión su contentamiento. Para calmar semejantes escrúpulos, consignaré la cita siguiente sacada de un pasaje de los Vedas: *Quod forma gaudii est totam pram Atma ex hoc dicunt, quod quocunque loco gaudium est, particula e gaudio ejus est* (*Upuekhat*, vol. I, pág. 405, volumen II, pág. 215).

CAPITULO XL

INTRODUCCIÓN

Estos complementos del libro cuarto adquirirían proporciones muy extensas, si dos de los asuntos principales que debería exponer en ellos preferentemente, á saber, el libre albedrío y el fundamento de la moral, no hubiesen sido ya tratados por mí con ocasión de los temas sacados á concurso por dos Academias escandinavas, en dos monografías detalladas que se publicaron en 1841 bajo el título de *Los Dos problemas de la Ética*. Supongo, por consiguiente, que el lector conoce este trabajo, cuyo conocimiento le será ahora tan indispensable como lo era el de mi obra *La Voluntad en la naturaleza*, para la inteligencia del *Libro segundo*. En general, todo el que quiera familiarizarse con mi filosofía debe leer línea por línea todas mis obras, pues no soy un escritorzuelo, un fabricante de manuales abreviados, un pescador de honorarios; mis escritos no buscan la aprobación de un ministro, ni mi pluma se guía por miras personales; no aspiro más que á la verdad y escribo como escribían los antiguos, con el único fin de asegurar á mis pensamientos una existencia duradera, para que algún día puedan ser útiles á los que sepan apreciarlos y hallar en ellos materia de meditación. Por eso he escrito poco, pero lo poco

que he escrito ha sido después de madura reflexión y á largos intervalos, reduciendo á la más estricta medida las repeticiones á veces indispensables para el encadenamiento, y de las cuales no puede prescindir ningún filósofo en sus escritos; por eso, la mayor parte de mis pensamientos no están enunciados más que una sola vez. He aquí por qué, cuando se quiere aprovechar mis enseñanzas y comprenderlas bien, es necesario leer todo lo que he escrito. Esto no es necesario, sin embargo, cuando se trata de juzgar y criticar mis obras; la experiencia me lo ha demostrado sobradamente, y deseo que sigan hallando gusto en ello los que se dedican á este pasatiempo.

El espacio que ganamos en este libro cuarto de los complementos por haber eliminado los dos importantes asuntos antes indicados, nos viene muy bien, pues las cuestiones que importan á todos los hombres y que forman, como últimos resultados de todo sistema filosófico, la cúspide de la pirámide, se presentan formando una multitud en este último libro, y es, por lo tanto, conveniente que disponga de más amplio espacio para cimentarlas sobre más amplias bases y exponerlas con mayor precisión. Además, esta circunstancia me ha permitido discutir aquí, como cosa perteneciente á las investigaciones sobre la voluntad de vivir, un asunto de que no traté en el libro cuarto del primer volumen y que ha sido descuidado por todos los filósofos que me han precedido; me refiero á la significación íntima y á la naturaleza propia de ese amor sexual que se eleva á veces hasta convertirse en la más violenta de las pasiones. Admitir tal asunto en aquella parte de la filosofía que trata de la moral, podrá parecer paradójico, pero se rectificará esta opinión tan pronto como se advierta la importancia de dicha cuestión.

CAPITULO XLI (1)

DE LA MUERTE Y DE SUS RELACIONES CON LA INDESTRUCTIBILIDAD DE NUESTRO SER EN SÍ

La muerte es el verdadero genio inspirador ó el *Musa-geta* de la filosofía. Sócrates la definió: θανάτου μελετη. Sin ella es probable que no se hubiera pensado nunca en filosofar. Es, pues, legítimo y natural que este cuarto y último libro, el más serio é importante de todos, comience por un estudio especial acerca de esta materia.

El animal vive sin conocer propiamente la muerte y puede decirse que el individuo goza directamente la inmortalidad de la especie, en el sentido de que se considera eterno. En el hombre, la razón nos da la certeza aterradora de la muerte. Pero así como en la naturaleza cada mal lleva consigo su remedio, ó por lo menos su compensación, así acontece también que esa reflexión que nos enseña á conocer la muerte, nos conduce igualmente á consideraciones metafísicas consoladoras, que el animal no necesita y que son inasequibles para él.

Las doctrinas religiosas, no menos que las doctrinas filosóficas, tienden á producir ese resultado, aspirando

(1) Este capítulo se relaciona con el § 5 del primer volumen.